

denas que en el campo de batalla. San Luis resolvió atacar desde luego al sultán de Egipto, enemigo más peligroso de los cristianos. Desembarcó en Damietta, tomó esta ciudad y marchó sobre el Cairo. Pero habiendo los turcos roto los diques del Nilo y los canales, envueltos el rey y todo el ejército por las aguas, se vieron obligados á entregarse á discreción. San Luis, hecho cautivo, opuso una tenaz resistencia y firmeza inquebrantable á las instancias de los musulmanes, que querían obligarle á abrazar el islamismo.

Es digno de atención que este príncipe, prisionero en Egipto, vió degollar los últimos herederos de la familia de Saladino. Es también cierto que los mamelucos Baharitas, que habían dado muerte á su señor, concibieron el proyecto de libertar á San Luis, eligiéndole su sultán; ¡tanto les habían cautivado sus virtudes!

Alcanzó al fin su libertad y la de sus principales señores, entregando Damietta y pagando una fuerte suma de dinero. Se embarcó por último para la Palestina, donde permaneció por espacio de cuatro años, continuamente ocupado en arreglar las discordias de los cristianos y en fortificar ciudades marítimas.

Después de su partida, la Palestina fué invadida á la vez por los mongoles y mamelucos, antiguos mercenarios de los sultanes de Egipto, que se habían hecho dueños de este último país después de la muerte del sultán Malec. Los mamelucos derrotaron á los mongoles en una sangrienta batalla; se apoderaron de las principales ciudades que poseían todavía los cristianos. San Luis emprendió entonces una segunda Cruzada; pero fué á morir frente de Túnez, donde había acudido á petición de su hermano Carlos de Anjou, rey de Nápoles y de Sicilia, y llevado de la promesa que había hecho el sultán de esta ciudad de abrazar el cristianismo. El príncipe inglés Eduardo, hijo de Enrique III, había acompañado al rey de Francia hasta Túnez; de aquí se fué á la Palestina pero nada pudo hacer para detener la rápida decadencia de la dominación cristiana. Los mamelucos expulsaron de allí á los mongoles y se apoderaron en seguida de las ciudades de Laodicea y de Trípoli. Después de la muerte de Acón, abandonaron los cristianos sus últimas posesiones de la Palestina y se retiraron á la isla de Chipre; en 1291 fueron los cristianos completamente expulsados de la Tierra Santa, y con esto acabó el reino de Jerusalén después de haber subsistido ciento cuarenta y ocho años.

Los únicos restos de estas Cruzadas, cuyas gloriosas empresas salvaron al Occidente de la barbarie, y que la filosofía anticristiana calumnia con más violencia y rabia que los mismos musulmanes, se

encuentran en los caballeros de San Juan de Jerusalén, que llegaron á ser los de Rodas y Malta, y los caballeros Teutónicos, conquistadores del Norte de la Europa y fundadores del reino de Prusia. Estas órdenes han defendido y protegido la Europa, á cuyas familias pertenecían, con decisión y valor; mas esta Europa misma, en paga, las ha destruido y dejado extinguir, sacrificándolas cobardemente á la irreligión del siglo, ó tal vez arrastrada por la sed del oro que la atormenta, no menos que al turco, árabe y beduino.

Pese á los pretendidos filósofos que todo lo censuran por el espíritu de prevención que les ciega, la historia proclamará que la influencia de las cruzadas fué altamente civilizadora. Ellas sirvieron para preservar á la Europa de la invasión de los turcos seldjucidas, quienes viéndose obligados á defenderse en Asia, no pudieron pensar en dirigir sus armas contra Occidente, donde el imperio griego no hubiera tardado en sucumbir bajo sus rudos ataques.

Reunidos en torno del estandarte de la Cruz todos los pueblos cristianos de Europa, establecieron las Cruzadas, entre ellos, un gran vínculo de unión, y debilitaron las rivalidades nacionales, origen de tantas guerras. Las Cruzadas contribuyeron también poderosamente á la transformación del régimen feudal y al establecimiento de las monarquías regulares, á consecuencia de la marcha para Oriente de un gran número de señores. Los comunes, libres de la autoridad de sus señores, pudieron desenvolverse rápidamente. Las frecuentes relaciones que se establecieron entre Oriente y Occidente, dieron un gran impulso al comercio, en tanto que la industria de Europa utilizaba las invenciones tan variadas de los árabes. Las ciudades marítimas de la Italia y las grandes ciudades de Alemania y de Bélgica fueron principalmente deudores de su prosperidad al movimiento comercial é industrial provocado por las Cruzadas. Las ciencias naturales, y especialmente la Medicina, así como las ciencias históricas y geográficas, se desarrollaron, gracias al contacto de los occidentales con los sabios árabes y á los viajes emprendidos por las comarcas hasta entonces casi desconocidas. Las Cruzadas, en fin, aun cuando no se tuviera en cuenta el espíritu religioso que las animaba y fué causa de emprenderlas, produjeron inmensos beneficios para la civilización.

Después de 1291, no infundiendo ningún temor los esfuerzos de Occidente, echados los cristianos de la Palestina por los triunfos de Malec-Araf, los soldanes Baharitas permanecieron en posesión de su conquista hasta 1382; época en que los mamelucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron á la Palestina una nueva forma

de gobierno, colocando en el trono á uno de los suyos que domina hasta 1517. Tumón-Bey, último de los que habían elevado al soberano poder, habiendo sido vencido en dos combates por el feroz Selim I, emperador de los turcos, pierde su vida de un modo ignominioso. El vencedor, que queda dueño de todos los Estados, le hace colgar de una de las puertas del gran Cairo. Desde entonces la Palestina ha pertenecido siempre á los emperadores otomanos, que unen á sus títulos, el de *señores y servidores de Jerusalén*.

« Ignoro, escribe Geramb, hasta qué punto llegará la impresión que cause una cadena de males tan espantosos por tantos siglos constitutivos, porque si los demás experimentan la mía, faltan expresiones para poderse formar de ello una idea. Diez y ocho veces tomada Jerusalén, después de haber sufrido durante la guerra otros tantos saqueos y ruinas, todas las miserias y los horrores que acompañan á este azote; después de haber perdido millones de hombres por el hambre, peste, hierro y fuego; maltratada, robada, y alguna vez devastada, y esto durante los cortos intervalos de la paz, no descansando jamás sino debajo de la espada que sus tiranos tienen continuamente suspendida sobre ella; no respirando libremente sino el tiempo necesario para proporcionar nuevas generaciones, á nuevas calamidades, no pudiendo convocar á los tristes restos de un innumerable pueblo que antes se reunían anualmente en su recinto, sin que vengan desde luego nubes de enemigos á caer sobre ella, para dispersarlo, aplastarlo y destruirlo todo; conservando de todos los edificios que hicieron su antigua gloria, apenas algunas de las antiguas ruinas; oyendo hervir en lo más profundo de sus entrañas torrentes de fuego dispuestos á salirse para devorar al que fuese tentado de reponer sus altares y su esplendor, á cualesquiera que con esta intención ensayase reponer una sola piedra sobre otra; condenada á no ver dentro de sí y de sus contornos otros templos que aquellos en que la piedad cristiana va adorar al Dios que ella crucificó, y estas mezquitas consagradas á supersticiones tan absurdas como sacrílegas de Mahoma, jefe y modelo de los dominadores, bajo cuya cuchilla gime...

» ¿Por ventura no presenta al universo un espectáculo de miseria, oprobio y desolación, que no se ve en ninguna otra ciudad del mundo? ¿Acaso no dice á cuantos como yo vienen á mirarla de cerca, maldita soy? ¿Podráse imaginar que una lengua humana llame á todo esto, *una fatalidad, un acaso*, si la estúpida impiedad no lo hubiese dicho?

» Nadie se admire de que ciertos hombres pretendan explicar por el *acaso* lo que á los cristianos explica la historia de la Religión de una

manera tan precisa y clara, manifestándonos de un lado el crimen, y de otro el castigo. Los que así hablan son los mismos hombres que hacen honor á la casualidad de la existencia del camino del sol, antes de admitir que una inteligencia soberana le haya colocado en el espacio é impreso esta regularidad de movimiento que jamás se separa. Son tan buenos lógicos, que reconocen poderles ser perjudicial el confesar:

« Que el ojo ha sido hecho para ver y el oído para oír.

» Así es que no quieren comprometerse. El caso es un Dios que no incomoda las conciencias ni castiga las obras malas.

» Por lo que á mí hace, sin más que considerar con los ojos de la razón, el grande encadenamiento de hechos, y consecuencias que importan, siento que debería violentar mi inteligencia para impedirle llegar hasta la fe. Pero cuando abro los Sagrados Libros, y los leo aquí, sobre el mismo teatro de las venganzas divinas, ¡oh! ¡cuánto más clara, más viva, más luminosa se me ofrece la señal de la mano de Dios en Jerusalén! Yo veo más agravado su peso de siglo en siglo sobre la Ciudad culpable, porque castiga en ella el mayor de todos los atentados, y al mismo tiempo, para que no pase ninguna generación sobre la tierra, que á menos de cerrar voluntariamente los ojos, no vea el castigo, no se instruya ó se haga inexcusable».

« Este lugar, dice el Señor, lo he escogido yo y santificado, para que mi nombre sea invocado en él para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo».

La desolación continúa en Jerusalén. Lanzamos en torno nuestro la mirada, pues la marcha política del mundo nos inspira muy extrañas y curiosas similitudes. Recordemos por un momento el estado en que dejaron los cruzados el Oriente y veamos cuál es en nuestros días el estado de este mismo país. Al terminar las expediciones de la Cruz todas las potencias musulmanas entraban en su período de decadencia, inspirando con razón la idea de que las naciones mahometanas habían agotado toda su savia y todo su vigor luchando contra las invasiones latinas, y ninguna de estas potencias ha podido recobrar su brillo desde aquella época. El islamismo ha perdido su fuerza y las instituciones que había fundado van pereciendo paulatinamente; las tentativas de reforma de renovación social en Asia sólo han servido para acelerar y completar la caída del imperio del Corán. « Es en vano que la ley del Profeta árabe se esfuerce á sujetar el Oriente, escribía un historiador en 1839; la ley cristiana victoriosa va á inaugurar nuevos destinos para esos lejanos países de donde asomó como el sol esplendente».

No olvidemos las palabras infalibles del Eterno: « Este lugar he es-

cogido yo y santificado, para que mi nombre sea invocado en él para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo». Hállanse en la historia de las sociedades revoluciones que marchan lentamente al través de las edades y entre pueblos diversos; la Providencia las dirige, el tiempo sólo las hace madurar y las termina, y el hombre apenas puede verlas y juzgarlas, porque ocupa solamente un punto en el espacio. Muchas de esas revoluciones son cual cometas errantes que surcan la inmensidad y se ven á largos intervalos, apareciéndose á una generación y mostrándose después á generaciones remotas. La tendencia actual de las ideas y de los instintos de los pueblos ¿aproximará el Oriente y Occidente?

III

Preparémonos para visitar metódicamente y con fruto, cuanto en Jerusalén nos interese. Como el pensamiento que en ella domina á todos es el de la pasión de nuestro divino Redentor, primera y principalmente se anhela ver y adorar los lugares en que se realizaron las grandiosas escenas de la redención, en que la más inocente de las víctimas fué perseguida, maltratada, condenada á muerte y crucificada por el pueblo al cual acababa de salvar después de colmarle de beneficios; tales son los lugares que pasamos á describir. Con el Evangelio en la mano vamos á recordar la pasión, ocupándonos al mismo tiempo en la descripción de los lugares y en el examen del proceso formado á Jesús.

He aquí como se consumó la mayor de las iniquidades.

Saliendo de Jerusalén por la puerta Oriental, ó de San Esteban, como en el día la llaman los cristianos, bájase al valle de Josefát, y después de cruzar el torrente de Cedrón, se encuentra el monte de los Olivos, y á corto trecho el huerto y la gruta de Gethsemaní.

Refiere el Evangelio que habiendo Jesús celebrado la Pascua en compañía de sus discípulos, encaminóse con ellos al monte de los Olivos. El monte Olivete era la morada de Jesús en este mundo; ordinariamente pasaba el día enseñando en el templo, y por la noche iba á este monte á orar, y á él fué para descender á Jerusalén, es decir, á la muerte. Detúvose en el lugar llamado Gethsemaní, *valle fértil*, donde había reunido con frecuencia á sus discípulos. Todos los Apóstoles estaban presentes; Jesús llevó consigo á tres: Pedro, Juan y Santiago, los testigos del Tabor, y después de haber recomendado á los demás que velaran y oraran, á fin de que no cayesen en tentación, se alejó.



V. Labiella Sc.

Salvador Ribas, Editor

EL MONTE DE LOS OLIVOS

A. Cerina, dib.